

- [emol.](#) |
- [El Mercurio](#) |
- [Las Últimas Noticias](#) |
- [La Segunda](#) |
- [Diarios Regionales](#) |
- [Avisos Económicos](#)



Cuerpo: Cuerpo A
Sección: Opinión Cartas
Página: 002
Diario: El Mercurio

EL MERCURIO
Lunes, 29 de Enero de 2007

Usuario: [mlgili](#) [[Logout](#)]



LAS RESTRICCIONES POLÍTICAS AL DESARROLLO

La gran pregunta del Chile de hoy no es quién será el próximo Presidente(a), sino si somos capaces de reinventar los fundamentos de nuestro sistema político.

Si se analiza el éxito de países pequeños y con altas tasas de desarrollo, como Nueva Zelanda, Finlandia o Irlanda, se constatan vías diferentes, dependiendo de su ubicación y peculiaridades. Sin embargo, hay un factor común: en todos se generó y se continúa regenerando un gran consenso nacional, que se da entre bloques de gobierno, oposición y actores sociales, en torno a una estrategia de desarrollo. Han descubierto que para un país pequeño y/o físicamente alejado de las rutas principales del comercio, mantener los equilibrios macroeconómicos y la libertad de los mercados no basta. Lo que fue considerado un gran logro a fines del siglo XX, hoy se convirtió en un commodity, que no basta para adquirir ventajas sustentables en un mundo globalizado, violentamente competitivo y con gigantes asiáticos emergentes.

En el caso chileno, el sistema político está constituido en lo esencial por dos bloques, Concertación y Alianza. No dos partidos, sino dos coaliciones de partidos que han demostrado recurrentes signos de conflictividad interpartidaria, de deterioro en su vida intrapartidaria, con escasa democracia interna, orientados al cortoplacismo mediático y las luchas de poder. Más aún, el sistema binominal y la forma de legislar virtualmente garantizan el derecho a veto de una coalición respecto de la otra, e incluso de un pequeño pedazo de una coalición, respecto de cualquier iniciativa que signifique un cambio relevante. Si ni contralor podemos elegir, ¿cómo será cambiar la LOCE o modernizar la política laboral?

Esto se empeora con un período presidencial de cuatro años sin reelección, que obligará a cualquier Presidente a enfocarse al corto plazo, abordando exclusivamente aquellas reformas que no tengan costos políticos elevados y que sean factibles de alcanzar en plazos breves. Por su parte, tenemos parlamentarios reelegibles ad eternum, lo cual los inclina generalmente a tratar de asegurar su reelección personal más que a jugársela en torno a cambios profundos o grandes visiones partidarias.

Paradójicamente, es este rasgo, la posibilidad del veto de facto, el que le ha dado al modelo chileno una envidiable estabilidad en sus políticas públicas. Hemos crecido a ritmos consistentes, no espectaculares, pero sí consistentes (y la desigualdad se ha mantenido consistentemente). Pero, al igual que en Nueva Zelanda, la oleada de crecimiento detonada por la mera liberalización de los mercados y la ortodoxia fiscal está demostrando signos de agotamiento, y las estabilidades actuales son las amenazas del futuro.

Sin inclinarme aquí por modelo alguno, es evidente que hoy requerimos cambios mayores, lo que los albañiles llaman

"dentrar a picar", entre otros temas, en: educación, innovación, descentralización, reforma del desastre municipal, estrategias competitivas sectoriales y regionales, infraestructura, abordaje de la vocación marítima, la marca-país, desertificación del territorio, agua y ambiente, reformas profundas del Estado, reformas laborales y políticas de protección social frente a una población que, en democracia, tendrá exigencias inevitablemente crecientes frente a una globalización que, siendo eficaz como mecanismo de mercado, genera sensaciones progresivas de inseguridad en la población. Todas son reformas de elevado costo político, que requieren visión de Estado de largo plazo, y no visión de gobierno, que será obligadamente de corto plazo dadas nuestras ataduras constitucionales y estructuras viciadas de coalición.

La gran pregunta del Chile de hoy no es quién será el próximo Presidente(a), sino si somos capaces de reinventar los fundamentos de nuestro sistema político, que fue durante los últimos 16 años envidiable para alcanzar estabilidad y consenso en torno a la recuperación democrática, pero que hoy se ha convertido en un lastre para abordar los desafíos que nos imponen nuestros ágiles competidores globales y la superación de la vergonzosa inequidad. Hay que revalorizar la política, realizar cambios constitucionales, redefinir los procesos de toma de decisión y democracia partidaria, y luego reconstruir un nuevo acuerdo nacional de largo plazo con altura de miras en torno a los temas críticos y estratégicos. El costo de no hacer esto lo pagarán, como siempre, los más pobres, y el tiempo corre en contra nuestra.

MARIO WAISSBLUTH

Profesor, Departamento de Ingeniería Industrial, Universidad de Chile

[Términos y condiciones de la información](#) © Copyright El Mercurio S.A.P